

Victoria Puig de Lange

SOL CON AGUA

El libro completo se puede comprar a través de:

1) Directamente de la autora:

email: compixian@comcast.com

Victoria Puig de Lange, P.O. Box 292, Knoxville, TN 37901

US \$15.00 mas \$4.00 de entrega en los EU.

Envíe su pago a través de Paypal (compixian@comcast.net)

o por correo normal.

Para envíos fuera de país, la entrega por correo normal es:

Mexico: (Se anunciará el 13 de agosto, 2008)

Ecuador: (Se anunciará el 13 de agosto, 2008)

Chile: (Se anunciará el 13 de agosto, 2008)

2) Barnes & Noble:

US\$17.75 mas \$2.01 de impuesto, y \$4.00 de entrega en los EU.

[http://browse.barnesandnoble.com/booksearch/results.asp?SRT=S&](http://browse.barnesandnoble.com/booksearch/results.asp?SRT=S&ATH=Victoria+Puig+de+Lange)

[ATH=Victoria+Puig+de+Lange](http://browse.barnesandnoble.com/booksearch/results.asp?SRT=S&ATH=Victoria+Puig+de+Lange)

Editorial Vistazo
Ediciones Rio Negro

Editorial Vistazo

Ediciones Rio Negro

Marketing Department, P.O. Box 61, Knoxville, TN 37901

Segunda edición: abril, 2003

Artes Gráficas Senefelder

Auspiciada por Revista HOGAR, Guayaquil, Ecuador

SOL CON AGUA, Copyright ©2003 por Sol Con Agua, Inc.

Todos los derechos reservados. Se prohíbe reproducir, publicar, o transmitir cualquier parte de este libro en manera alguna ni por ningún medio sin el permiso previo escrito de Sol Con Agua, Inc., excepto en el caso de citas cortas para críticas.

All rights reserved. Reproduction, publication, or transmission of this book, in whole or in part, through any medium is prohibited without previous written authorization by Sol Con Agua, Inc., short quotes for critical reviews excepted.

Library of Congress Number: 2002112798

ISBN 0-9724506-0-2

Karma

Yo los traje al mundo –tres hijos,
y ellos me dieron vida.

Cada uno a su manera,
me inyectó una ráfaga de pasión,
y alegría de ser.

Tres hijos... tres antepasados,
soy un compendio de sus vísceras,
sus arterias, sus ímpetus y realidades.

Luis Carlos –mi espina dorsal,
Barbara –la fuerza de una inmensa ternura,
Christian –oxígeno para mi espíritu.

Sin el primero,
el camino no habría tenido sentido
Sin la segunda,
la jornada habría sido estéril
Sin Christian,
este libro no se habría escrito.

–VPL

Capítulo Primero

Guayaquil

“Contigo pan y cebolla”

El Compadre Carrión (para el resto del mundo el Maestro Carrión) era el gasfiter más distinguido de la ciudad, con exquisitos modales, negro como el carbón, y eternamente vestido de punta en blanco. Papá había llevado a la pila a su segundo hijo, y esto le daba categoría dentro de nuestro ménage.

Grande y recio, con la amplitud que era el resultado directo de abundantes comidas criollas, su rostro relucía con un brillo que a mí se me antojaba milagroso, y que —ahora lo comprendo— no era más que la reacción de un organismo en el que las digestiones se sucedían sin cesar.

Sus visitas tenían a menudo carácter de emergencia no exenta de dramatismo, y su llegada era saludada con agudas voces y grandes exclamaciones:

—¡Llegó el maestro Carrión... llegó el maestro!

Yo hacía como que no oía, observándolo todo con el rabo del ojo, y continuaba jugando con Dorita (hija de la cocinera y mi mejor amiga) y el ejército de muñecas que constituía nuestro mundo.

El maestro ascendía las gradas ceremoniosamente, se detenía en el último peldaño, saludaba a las sirvientas con una gran venia, quitándose el sombrero de paja toquilla, y sin dar importancia al drama doméstico que cinco voces excitadas trataban de transmitirle, preguntaba sonriente, con gran relampagueo de blancos dientes:

—¿Y la niñita?

La zamba Martina, que siempre tenía los pies en la tierra, lo interrumpió más de una vez:

—¡Ay, déjese, maestro! ¿Que no vé que la cañería está rota y se me está mojando la despensa?

Pero el compadre Carrión tenía su propio concepto del protocolo. Sin hacer caso, avanzaba hasta mi rincón en el pasillo, y me entregaba “mi regalo”. Como una auténtica burócrata, sin el menor amago de modestia, yo aceptaba el tributo con mi más angelical sonrisa.

A veces era una redonda mandarina, otras un succulento mango, dos huevos que acababa de poner “la Panchita”, la gallina ponedora de los Carrión, o simplemente un suspiro, (merengue español comprado al paso donde la Madame Fortich, dueña del restaurante más popular de la ciudad). Siempre se trataba de “un cariñito”, y mi desilusión habría sido inmensa si este hubiera faltado.

No sé si por indiscreción de las muchachas del servicio, esta costumbre del maestro Carrión llegó a conocerse dentro de la pequeña corte de “los compadres”. Lo cierto es que poco a poco llegó a ser del conocimiento general que todo el que venía a la casa me traía algo, hasta el punto de tener una canasta lista para recibirlos.

Un día estaba viendo llover, ocupación esta que fue una de mis primeras fascinaciones. Las gruesas gotas caían formando hilos plateados a través de un impertérrito rayo de sol. “Agua con sol” canturreaba Manuela, la lavandera, “...vieja con amor”. “Sol con agua” coreaba desde la cocina Martina “...vieja sin paraguas”.

Yo trataba vanamente de imaginarme a esta vieja enamorada que chorreaba agua por falta de protección, cuando el timbre del zaguán dejó oír su especial sonido:

—Bah! —se oyó exclamar a Manuela quien desde el cuarto de planchar era la primera en saber quién llegaba gracias a una claraboya estratégicamente colocada—. Es el compadre Varela.

Yo dejé caer el osito cuya oreja tiraba distraída hacia un buen rato. ¡El compadre Varela! Se trataba de un compadre que yo no conocía, oriundo de Samborondón, el paraíso del manjar blanco. Manuela lo conocía desde sus años jóvenes, cuando ella misma corría descalza junto al río, y su nombre me era familiar a través de la voz de papá, diciendo senten-

ciosamente:

—¡Ese Varela es un hombre valioso!

Y como en mi imaginación valioso y bilioso tenían la misma connotación, yo lo imaginaba de un hermoso color verde pálido. Por esta razón, olvidando toda compostura, me precipité al tope de la escalera a mirar al extraño compadre.

Lo que mis ojos vieron me dejó totalmente confundida. Un hombre de color normal, vestido de impecable cotona, subía la escalera cautelosamente. En el brazo derecho traía lo que me pareció un inmenso paquete blanco.

“¡Manjar blanco!”, pensé extasiada. “¡Qué importa que no sea verde, si me trae este delicioso regalo!”

Fue tanta mi excitación que sin poder contenerme le espeté estas palabras a guisa de saludo:

—¿Qué me trae, compadre? ¿...qué me trae?

Y sin esperar más, estirándome en la punta de los pies, intenté abrir el curioso envoltorio. Pero el buen hombre, defendiéndose cortésmente, trató de explicarme que aquello no era un paquete... que no era más que su brazo... un brazo enyesado... ¡un brazo roto!

Finalmente el compadre, consternado, me dejó examinar el brazo a satisfacción. Lentamente, la dura realidad penetró en mi cerebro. Era verdad. Aquello no era un regalo. Este compadre no había traído nada... y encima, ¡ni siquiera era verde! ¡Ah, qué infamia!

Mortalmente herida, recobré con dificultad mi perdida dignidad. Retrocedí unos pasos y me refugié en mi rincón. Las muñecas y los animales de peluche me acogieron con respetuoso silencio. Ni Dorita osó decir palabra.

—Juguemos al colegio —atiné a decir por fin, dando así fin al incidente.

Pasaría media hora cuando el timbre volvió a sonar. Discretos golpes sonaron a la puerta de mi santuario. Al levantar la cabeza ví con asombro al compadre Varela, esta vez rojo como una remolacha. Una gran sonrisa dejaba al descubierto una hilera de dientes con puntitos dorados.

—Le traía —me dijo— este regalito.

Yo fui hacia él sintiendo un gran alivio. ¡Por fin las cosas volvían a ser como debían ser! Tomando de manos del compadre Varela lo que a

ojos vista era una cajita de chocolates, le dije, mientras Dorita asentía gravemente:

—¿Así... ve? Así se hace. A la niñita del doctor Puig, cuando se viene a la casa, siempre se le trae un regalo.

Y sin más ni más, Dorita y yo nos dimos a la tarea de saborear el regalo del bilioso compadre Varela.

Este se dirigió entonces pausadamente a subsanar el problema que lo había traído a nuestra casa. Nunca imaginó que la niñita de cuatro años que dejaba atrás tenía ya absoluta consciencia de ser parte de una trilogía inamovible: un papá que todo lo podía... una mamá que todo lo sabía... y una niñita, ella, que todo lo tenía... o por lo menos eso era lo que creía, empezando ya a practicar inconscientemente lo que luego sería un distintivo de su complejo interior: la habilidad para visualizar sus sueños, crear una realidad, un futuro, a fuerza de imaginarlo... y de paso forzar al destino.

Cuando esos días mágicos en la casa verde, la casa del Salado, fueron apenas un recuerdo, entonces me dí cuenta de que todos somos un reflejo del sitio donde nacemos, las primeras impresiones que recibimos, la música que nos rodeó y cómo reaccionaba ante la vida la gente que pobló nuestra niñez... cómo hablaban... qué apariencia tenían... a quién daban entrada a su recinto íntimo... cómo resolvían el rosario de problemas de la vida.

Con Carolina Herrera, símbolo de la armonía y el buen gusto, mujer de una sencillez augusta, hablé una vez de todo esto. A una alusión mía sobre la seguridad de sus diseños, su complicada simplicidad y ausencia de detalles superfluos, la espectacular venezolana declinó toda responsabilidad con estas palabras:

—Victoria, es que yo nací entre gente linda, gente con un sentido innato del buen gusto. Los hombres y mujeres entre quienes crecí eran auténticos elegantes —y sonriendo traviesamente añadió bajando la voz hasta que esta fue sólo un susurro—, se me acostumbró el ojo, Victoria... ¡se me acostumbró el ojo!

La frase me impactó: *¡Se le acostumbró el ojo!*

O sea, todo empieza a gestarse temprano. Se supone que los niños viven en un mundo abstracto, un mundo plagado de fantasía, pero eso no los hace impermeables a lo que ocurre a su alrededor. El ojo —y supongo que también el oído— se nos acostumbra. Y de pronto, insensiblemente, estamos programados para lo que vamos a ser.

En mi caso, obsesionada ya con *la palabra*, partí con un léxico propio que me costó mucho superar. Por mucho tiempo asocié la palabra pajarraco que yo imaginaba una ave muy fea, con el vocablo *párroco*, deduciendo que decirle a alguien “¡so pedazo de párroco!” era un grave insulto.

La primera vez que el padre Domingo, amigo de colegio de mi padre, vino a nuestra casa, mi sorpresa fue grande cuando oí decir que el párroco venía a almorzar, sobre todo cuando comprobé que aquel párroco era un hombre simpático que reía con facilidad y se daba de palmadas en la espalda con mi padre. Para colmo, mamá, que creía en la osmosis y pensaba que a los niños había que exponerlos a la compañía de los mayores de vez en cuando “para que adquirieran roce”, tuvo la idea de sentarme a su lado.

Yo lo observé discretamente por un buen rato, y en un momento en que se inclinó hacia mí para poner más agua en mi vaso, tiré suavemente de su sotana y le pregunté bajito:

—¿Y por qué le dicen a usted párroco?

—Pues porque soy el párroco —me contestó en el tono que usan los mayores cuando los niños hacen una pregunta que a ellos les parece inútil. Yo lo miré con infinita piedad. Puse mi mano encima de la suya, y ofrecí generosa:

—No le importe. No haga caso. Usted no se parece nada a un párroco.

Los Puig Vilazar, Carlos y Rosa, que podrían haber protagonizado aquella obra de teatro “Vive como quieras”, tenían conciencia de que “la vida era buena”. Pasaron muchos años antes de que se dieran cuenta de que en realidad era extraordinaria. ¿Cómo iban a presentir que eran los protagonistas de una larguísima novela, que viajes, países, honores y

reconocimientos se mezclarían con gentes y costumbres diversas en sucesión vertiginosa?

Parte de la alquimia tenía que ver con la curiosa independencia que marcaba todos sus actos y se manifestaba en mil formas. En su vida primaba el instinto. Estaban convencidos de que todo el mundo vivía así, delineando el camino a medida que se avanzaba, sin mapas ni *blueprints*. Para desviarse a la izquierda había que apartar los escollos del camino... y entonces caminar sobre él. Se aceptaba o no un compromiso social sobre bases precarias, como “¡mejor juguemos gin rummy!” o “¡vamos más bien a Daule, a comer mangos!” Y partían, como dos niños capeando clases... y llevándome con ellos.

Muchas veces tuve la sensación de que en cierto modo yo era más madura, más consciente de la realidad. Y cuando tuve edad para decidir que no los acompañaría en una de esas espontáneas excursiones al campo, a la montaña, a criollos safaris y viajes en lancha a haciendas cercanas, donde montaban a caballo y se bañaban en el río, ebrios de vida, cuántas veces los ví volver agotados pero felices, diciéndome (a mí que había pasado el día leyendo *Ifigenia* por enésima vez):

—¡Ay, chinita, qué olfato tienes! —pasando a contarme en detalle el alegre fracaso de aquella aventura.

Cuando el Chino Puig, que adquirió ese sobrenombre por los rasgos ligeramente orientales de su rostro, decidió construirse una casa, lo hizo en “el Salado”, un barrio que tomaba su nombre del estero que corría muy cerca. La verdad es que aquello no podía llamarse propiamente barrio. Por alguna razón ignorada, la ciudad, que años después elegiría precisamente esa dirección para extenderse, se había orientado hacia el Sur. El boulevard 9 de Octubre, la arteria principal de la ciudad, moría en el Puente del Salado, pero sólo estaba construido hasta la Plaza del Centenario, plaza histórica, en cuyo centro se eleva una bellísima columna en mármol y bronce, que rinde homenaje a los proceres de la independencia. Allí está inmortalizado el espíritu de Carlos Puig Vilazar. Cuando se habló de colocar allí una placa exortando el fervor patrio, se pidió al joven visionario que la creara. Este accedió pero exigiendo que el mensaje fuera colocado a un nivel que permitiera a los niños leerlo. Esto fue lo que Puig Vilazar escribió:

“¡Guayaquileño! Recuerda que el 24 de julio juraste por la

memoria de Bolívar, el Libertador; hacer de tu ciudad el baluarte de la libertad en el Ecuador; y no consentir jamás que se establezca en tu Patria una tiranía, despotismo o gobierno alguno que atente contra los principios de la democracia.”

Allí la ciudad hacía un alto, y la calle continuaba solitaria hasta el estero, un brazo de mar cruzado por un pintorezco puente de madera que se estremecía cada vez que un vehículo lo pasaba. Aquel era un puente con techo, donde los domingos se instalaban mujeres del pueblo con sus fogones a carbón, vendiendo deliciosas ‘carnes en palito’ parientes del *shish kabob* como se dice hoy elegantemente, y muchines de yuca calentitos, ensartados en la punta del palo.

Por mucho tiempo la casa fue la única en muchas cuadras a la redonda, y allí vivíamos, en los confines de la ciudad, tratándonos de tú y vos con el manglar, rodeados de perros, gatos, pericos, y un incipiente jardín donde mi madre, bajo un enorme sombrero, dirigía a don Remigio, un cholo recio y desconfiado que no entendía de “jardines” y discutía con ella el futuro del “patio”, y los árboles que debían plantarse para complacer su sueño de tener su propia fruta todo el año. Don Remigio tuvo buena mano. Con el tiempo hubo ciruelas, guayabas, naranjas, papayas, y por supuesto higos, el fruto de mi higuera, un sitio muy importante en el mapa de mi infancia.

¡Una locura, decía la gente... eso quedaba tan lejos... estaba plagado de mosquitos... los Puig se arrepentirían!

Pero Carlos y Rosa veían algo muy distinto. ¡Vivían tan tranquilos! No había ruidos que interrumpieran la paz ambiente... siempre había una brisa... se podía caminar por la calle “en ropa de casa”, ir hasta el puente en las mañanas, y después, cuando se construyó el “American Park”, llegar hasta allí con amigos que venían a almorzar con nosotros como si fueran al campo, a nadar en las aguas del estero, que eran transparentes y claras, sin vislumbrar un futuro en que “la contaminación” (¿qué será eso?) acabaría con su placidez. La hazaña máxima era “cruzar el estero a nado”, y mis dos tíos *teenagers*, Miguel y Antonio, lo hacían a menudo mientras yo aplaudía entusiasmada.

Esos tíos fueron uno de los regalos que mi padre hizo a su mujer para que no hiciera más pucheros añorando a la familia que había dejado atrás por él. Mi abuelo, aquel Coronel Parada, colombiano oriundo de

Sogamoso, el único hijo que su familia no dió a la iglesia, y la esposa italiana que adquirió cuando ésta llegó al istmo, huérfana de un padre que murió abordo y fue enterrado en alta mar, habían tenido una numerosa descendencia. Panamá era aún territorio colombiano y el canal un sueño lejano. Don Jesús Parada Leal era oficial del ejército y por alguna razón tenía un papel en la Autoridad Portuaria. El caso de la adolescente de 15 años que llegaba al país huérfana recayó en su jurisdicción. Apoyado en su amistad con el Gobernador de Colon logró que la esposa de éste se hiciera cargo de la niña. Pero ya aquella chica fresca de cabellera roja, con la piel lechosa de las italianas del norte y el rostro cubierto de pecas, encendió la imaginación de Jesús Parada, que tenía el tipo moreno y los ojos de ébano del español descendiente de moros. Esa, decidió era la mujer que estaba esperando.

—Cuidemela —rogó a su benefactora—, cuando tenga la edad apropiada, yo quiero casarme con ella.

De ese matrimonio nacieron 13 hijos. Rosa era la tercera, la niña de los ojos de su padre, una muchacha alta y delgada como una palmera, con penetrantes ojos negros y un sentido común extraordinario. Se había amoldado al cambio de vida, pero añoraba a esos hermanos a los que había visto nacer... ¡sobre todo a Toño! Un buen día, sin previo aviso, papá se presentó en la casa con éste, que entonces tenía doce años, y un par de años después llegó Miguel, de 18, quienes pasaron a ser parte de la familia, y con el tiempo más ecuatorianos que cangrejos de río.

Rosa y Carlos vivían felices lejos de los comentarios de los que los tildaban de excéntricos, tocando guitarra en las tardes, cantando a voz en cuello, dejando oír el piano a media noche, sabiendo que no molestaban a los vecinos... ¡porque no los había!

—Hemos adquirido —decían ufanos— un poco de independencia, incapaces de vislumbrar que con el paso del tiempo, el destino los apartaría sin compasión de todo lo que ellos creyeron haber creado para siempre.

En la construcción de la casa no intervinieron ni arquitectos ni ingenieros. Todo fue dirigido por mi padre y un par de carpinteros, utilizando el sentido común que juntaron entre los tres. Y es un tributo a su habilidad, que la casa ha llegado íntegra al año dos mil, pasando a ser una rareza, incrustada como está en medio de enormes edificios, resistién-

dose a ceder el paso a los invasores.

Para construirla se establecieron prioridades: debía ser un lugar fresco, lleno de luz y a prueba de mosquitos. Mucha madera, poco cemento. Cuando se terminó la obra, la casa quedó prácticamente encerrada dentro de una jaula de tela metálica, lo cual eliminó toda posibilidad de insectos. A todas las puertas exteriores se le pusieron resortes para que nunca quedaran abiertas. En cambio las ventanas, herméticamente protegidas, permanecían siempre abiertas, aún en invierno, provocando corrientes de aire que echaban abajo las macetas de flores que Rosa había regado por toda la casa. La construcción se hizo sobre gruesos postes para que el aire circulara libremente, creando un espacio bajo la casa, un sitio de estar con un ambiente *sui generis* que hizo historia como el sitio perfecto para reunirse informalmente, disfrutando del vaivén de las hamacas criollas, consumiendo bandejas de dulces mangos, frescos de tamarindo, y el agua de cocos recién cortados.

Años después, visitando Tahiti, Carlos y Rosa descubrieron que la casa de Guayaquil (“la casa verde” como la bautizó el folklore popular) se asemejaba mucho a las que pueblan el refugio de Van Gogh, especialmente en su parte baja, donde también primaba el concepto del bambú, la informalidad y el fenómeno de una permanente brisa.

Era una casa adelantada a su tiempo, sin pretensión alguna de estilo, cómoda y funcional, con pisos de madera y un comedor con un ventanal que daba al patio de atrás. La decoración también era futurista (aunque el término decoración no se mencionó nunca)... muebles de mimbre en una época en que lo elegante eran las pesadas piezas de caoba, cojines de hilo estampado en lugar del terciopelo o el brocado de rigor, y un espacio abierto en todo el centro de la casa, inundado de luz a través de un techo de vidrio, al cual desembocaban los dormitorios. Y hamacas, hamacas por todas partes, siempre listas a acogernos.

Dormir una siesta allí en un día de lluvia, mirando las gotas de agua estrellarse contra el techo, era como tropezar con el espejo de entrada al Mundo de las Maravillas de Alicia, un sitio mágico, solitario y fresco, donde soñar despiertos hasta que los ojos se cerraban insensiblemente.

En lo que ha durado esta larga vida que me ha tocado vivir, he despertado y anochecido en casas mucho más ricas y pretenciosas, algunas catalogadas de mansiones, pero ninguna tuvo la magia y el clima de

dicha inevitable que envolvía mi casa en el Salado. Allí maduré y soñé con la felicidad... allí me casé sólo para comprobar poco después que me había equivocado... allí volví cuatro años más tarde, llevando de la mano a un niño que me dio otra perspectiva, otros sueños y muchas alegrías.

Ella fue testigo de toda aquella tormenta emocional que rodeó mi primer gran amor. Ella me vió postrada de rodillas pidiéndole a Dios un milagro. Entonces el instinto me falló. No supe intuir que ese sentimiento duraría toda la vida, que siempre sería como una herida abierta que de tiempo en tiempo volvería a sangrar. Acepté dócilmente lo establecido, y dí la espalda a lo que pudo ser.

Cuando vuelvo a Ecuador que es a menudo, paso siempre frente a mi casa, que ya no es verde, y me detengo a contemplarla. Inevitablemente, toda la troupe reaparece. Me parece oír la voz de mi madre dando una orden urgente... los gritos agoreros de la Zamba... las palabras de mi Chino diciendo algo sabio y convincente... el rostro solemne de Dorita... un río de hombres y mujeres jóvenes que entran y salen riendo alegremente... y en medio de todo yo, aceptando aquello con feliz inconsciencia, sin sospechar que llegaría el día en que miraría la escena desde la calle como una extraña, preguntándome cómo el sitio luminoso de mi juventud se había vuelto una pequeña casa gris, triste y ajena, a la que el progreso no deja respirar.

Carlos Puig Vilazar conoció a Rosa María Parada Grosso en Panamá, en uno de esos destierros políticos, resultado de uno de sus rebeldes intentos por hacer respetar sus ideales, establecer su perspectiva social, y su obsesión con la justicia. Era presidente del Ecuador el General Leonidas Plaza Gutiérrez, enemigo declarado del General Eloy Alfaro y padre de Galo Plaza, quien años después sería también presidente del país. Puig Vilazar era alfarista acérrimo y no se escondía para manifestarlo. Combatía abiertamente al gobierno, escribía artículos incendiarios exaltando la verdad tal como él la sentía, y tenía seguidores fieles que lo secundaban. Pero corrían los tiempos en que los mandatarios no daban explicaciones de sus actos, y en este caso, el General Plaza, cansado de lidiar con el obstáculo “del mocoso ese”, dió orden de captura para

el Chino Puig. Puesto en aviso, éste escapó en un barco que zarpaba rumbo a Panamá.

Cuando el general Plaza lo supo, se sintió burlado, y ordenó que el barco en que viajaba Puig, fuera fumigado al llegar a Esmeraldas.

—Tendrá que salir como una rata —había dicho.

El capitán del barco recibió la orden y decidió salvarle el pellejo a aquella simpática bala perdida con quien había jugado poker todas las noches desde que abandonaron Guayaquil.

—Mire doctor Puig —le dijo—, a usted lo toman preso al llegar a Esmeraldas. Le propongo abandonar el barco cuando entremos a la costa esmeraldeña. Yo le proporciono una canoa y un par de remos. Cuando el barco eche anclas en Esmeraldas, usted ya estará a salvo en casa de algún amigo. Yo veré cómo me las arreglo con las autoridades.

Así se vivía en esos tiempos. Puig Vilazar no podía adivinar que con el correr de los años sería amigo y partidario del hijo de este mismo general, “el Galo”... grandote como su padre, pero con ideas mucho más afines a las suyas. Por el momento, ese generalote era el culpable de que se encontrara remando hacia tierra... ¡y ni siquiera sabía remar! Tenía 27 años, era bohemio y despreocupado por naturaleza. Sus habilidades deportivas no iban más allá de jugar fútbol con los muchachos del barrio y billar en el bar.

Ambicioso, se había graduado de abogado hacia ya cuatro años, y se auguraba para él un futuro brillante. Pero el hombre era aventurero y tenía la política metida en los huesos. Lo indignaban las injusticias sociales, la pobreza y la impotencia de los desvalidos.

—Yo voy a arreglar todo eso —decía. ¡Y lo más grande es que lo creía! Como creía en su destino, en su buena estrella. Nunca contempló la idea de morir.

Por eso, cuando poco antes de tocar tierra, vió a un negro enorme que caminaba hacia él desde la playa con un machete en la mano, intuyó rápidamente lo que había pasado. En el pueblo se había corrido la voz de que él estaba abordo, y cuando no había llegado, sacaron también la conclusión de que había desembarcado antes, tal vez en la pequeña ensenada conocida como “de los Jilgueros”.

Para su asombro, el negro, metido en el agua hasta las rodillas, se detuvo y lo saludó a distancia:

—Doctor Puig, bienvenido —Y tomando el machete en ambas manos, añadió—: Grite “¡Viva Plaza!” doctor Puig, o es hombre muerto.

El Chino Puig, que era de la escuela de “los machos”, contaba después su odisea:

—Una sensación horrible se apoderó de mí. Una corriente helada me corría por toda la espalda. Sentí violentas nauseas. “Este negro”, me dije, “va a matarme de una u otra manera. Mas vale morirse como hombre”. —Y poniéndose de pie, gritó a todo pulmón:

—¡Viva Alfaro, negro de mierda! —y se preparó a morir. Trataba en vano de acordarse del Acto de Contricción, pero le vinieron a la mente las palabras de su madre: en trance de muerte, acuérdate de pronunciar el nombre de Jesús. “¡Jesús!” musitó lívido.

Para su alivio, el negro se echó a reír:

—Doctor Puig, usted sí que tiene cojones. Yo, la verdad, no mato a un hombre así. —Y dándole la espalda se volvió a la orilla.

Esa noche Carlos Puig Vilazar durmió en casa de unos amigos en Esmeraldas, y allí permaneció oculto hasta que en una madrugada oscura y lluviosa pudo tomar otro barco que lo llevó a Panamá, a encontrarse con su destino.

Años después, en la Jefatura del Cuartel general del Partido Liberal, en Guayaquil, alguien dijo al General Plaza:

—Vea, general, ese es el Chino Puig.

El viejo general cruzó el salón, y tendiéndole la mano:

—Doctor Puig —le dijo—, dos liberales de corazón deben enterrar viejas rencillas.

—No tuve más remedio que darle la mano —contaba Puig después—. Era un viejo imponente y yo no tenía más que 35 años.

Más tarde, mucho más tarde, vino Galo, con su poderosa simpatía, su don de gentes y esa manera especial de comprenderlo todo. Pero esa es otra historia.

—Ambos recordamos el pasado, nos tomamos una botella de whisky juntos, y de allí en adelante fuimos buenos amigos —recordaba el Chino.

Carlos Puig llegó a Panamá e inmediatamente quedó incorporado al grupo de alegres solteros del momento. Con característica ligereza, decidió pasarlo bien mientras capeaba el temporal de su status de políti-

co indeseable en Ecuador. Se gastaba todo lo que ganaba. Farreaba todas las noches, y tenía la pretensión de que lo aceptaran por lo que aparentaba ser, sin revelar que en su tierra tenía un diploma nuevecito que lo declaraba abogado. Si encontraba una guitarra, era el rey de la fiesta.

Conoció a Rosa en una reunión para la oficialidad de un buque-escuela anclado en puerto, y declaró después que se había enamorado a primera vista.

—¿Quién es? —preguntó.

—Es la hija del Coronel Parada Leal, Gobernador de la Provincia de Chiriquí —le informaron—. Pero ni te metas. Es muy orgullosa y poco accesible.

Pero ya Carlos Puig era hombre al agua. Tomó la guitarra y empezó a disparar canciones dedicadas a esa morena “tan delgada, tan delgada, que era toda ojos y cabellera”.

Media hora después eran el comentario general y alguien se acercó a la morena para decirle:

—El Chino Puig está loco por ti y quiere conocerte.

La fría respuesta llegó como un latigazo:

—Eso sí que sería lo último... que un borracho se enamorara de mí. Dígale que cuando se le pase y no huelva a tabaco, entonces podremos hablar de ser amigos.

A Carlos Puig no le había sucedido nunca eso. Tenía buena suerte con las mujeres. Su resolución fue instantánea:

—Dígale que desde este momento no vuelvo a fumar ni un cigarrillo.

Luego se fue, y volvió media hora más tarde (que por propia confesión pasó bajo una ducha fría), vestido de punta en blanco y oliendo a su mejor colonia francesa. Con paso firme fue hacia la chica del vestido blanco y la invitó a bailar. Ella lo miró de arriba abajo, soltó la risa y le tendió la mano, viéndose por primera vez en los brazos del que sería el único gran amor de su vida. Fue la capitulación más rápida en la vida de Rosa María Parada Grosso que tenía fama de coqueta, pero a quien jamás se le había conocido “novio”.

Así empezó una novela que duraría 56 años. Ambos empezaron a ceder, aunque para él fue más difícil. Tras el cigarrillo se fueron las

noches de bohemia, los juegos de poker y las sesiones de jazz. Ella tuvo paciencia mientras él hacía la transición de una vida. Un año después se casaron, a pesar de que lo que él ganaba apenas si alcanzaba para gastos elementales.

Fue un año en que el destino puso a prueba a ese hombre volcánico a quien le costó mucho entrar en vereda. Cuando parecía que había dominado “a los demonios de la carne” como decía un padre franciscano amigo de la familia a quien Rosa lo había encomendado, el Chino se enredaba en un juego de poker que degeneraba en farra, y al día siguiente Rosa se enteraba de que su novio había protagonizado otra escena en la vida galante del pueblo.

A veces estos deslices no podían ignorarse. Una mañana se despertó con un griterío frente a su casa. Medio dormida, reconoció el inconfundible acento de las mujeres jamaicanas, parte de una fuerte colonia establecida en la ciudad. Curiosa, miró por la ventana. Para su horror, vió que todo el frente de su casa y su balcón estaban llenos de macetas de flores, y las mujeres que vociferaban eran las dueñas de esas macetas. Rosa supo inmediatamente lo que había pasado. Su novio se había pasado de tragos la noche anterior y había sacado las macetas de los balcones de todo el barrio, poniéndolas frente a su casa. Era un homenaje.

—¿Cómo pudiste hacer semejante cosa?

—No sé. Lo único que recuerdo es que yo quería traerte flores!
—decía contrito.

Y Rosa salía disparada de la habitación para que él no viera que se estaba riendo.

Por suerte, siempre supo ver lo bueno que había en él, y el amor hizo el resto. No fue fácil, porque la opinión de la gente que la rodeaba era que estaba casándose con un loco. Simpático, pero loco. Y el día de la boda las lágrimas que asomaron a los ojos de muchos de los invitados al paso de la novia no eran precisamente de emoción sino de angustia.

Había, sin embargo, un optimista: el padrino de la boda, Colón Eloy Alfaro, hijo de aquel General Alfaro, presidente del Ecuador y mártir de su historia, por quien Carlos Puig casi se deja matar en la playa de los Jilgueros. Colón Eloy estaba casado con Blanquita Puig, hermana del Chino, y era Ministro del Ecuador (entonces no había embajadores) en Panamá. Quería mucho a su cuñado y le tocó asegurar a don Jesús

Parada que a su hija no la esperaba una mala vida:

—Créame, Coronel, este hombre es de oro. Es un abogado de porvenir. Le aseguro que Rosa se lleva un hombre bueno. Verá como sienta cabeza.

Poco después, amnistía política en Ecuador. Se podía iniciar el retorno. Para entonces, ya Rosa había ganado la batalla. Tenía un marido un poco volátil que gastaba todo lo que ganaba, pero se quedaba en casa por las noches. Ni fumaba ni tomaba. Con sus últimos dólares compró a su mujer un elegantísimo conjunto francés para que desembarcara en Guayaquil, aunque al pisar los muelles tuvo que recurrir a su talento histriónico para pagar la propina al maletero:

—Sólo tengo dólares, ñato. Anda mañana por mi oficina.

Semanas después, se gastó el fruto de su primer gran honorario en la Casa de una Madame Puig (ninguna relación de familia) una francesa que tenía lo que hoy se llama una *boutique* de ropa importada directamente de París. Llegó a la casa feliz, cargado de cajas y cajas de sedas y encajes, plumas, egrettes para el cabello, capas de noche y preciosos vestidos, todo para esa mujer altiva y voluntariosa que no tuvo pelos en la lengua para decirle:

—Pero Carlos, si todavía no tenemos comedor!

A lo que él respondió, sentado en un cajón de madera:

—Pero serás la mujer más elegante en la temporada de Opera. Y en todo caso, yo necesito que la vean a usted muy elegante —decía, (recurriendo al trato formal que los sudamericanos usan en momentos de gran afecto)—, para que me caigan clientes.

Pronto la voz se corrió. El Chino Puig había hecho fortuna en el extranjero. ¿No habían visto a su mujer en la última temporada de Opera, estrenando un traje por noche y llena de brillantes?

Ella fingía desesperación, pero en el fondo le encantaban los exabruptos que llevaban a ese niño grande a pensar sólo en el presente, sin importarle el futuro. Tal vez fue eso lo que la llevó a desarrollar ese instinto de preservación, esa disciplina para guardar para el futuro, ese olfato para descubrir oportunidades para hacer dinero. El la dejaba hacer (¡cosas de su mujer!)... cuentas de ahorros, inversiones inesperadas, cálculos y más cálculos. Pronto descubrió otra manera de asegurar ese futuro que él no preveía y ella intuía muy cercano. Cuando él ganaba un

juicio importante, ella reclamaba su parte en dinero contante y sonante... y empezaba la construcción de un edificio. El protestaba.

—¡Ahora estaremos endeudados y yo tendré que trabajar el doble para pagar a todos esos obreros!

Pero jamás truncó sus ímpetus. Eso nunca. El decidió temprano en la relación que iba a hacerla feliz, y si esas *pendejadas* le alegraban la vida, él trabajaría para procurarle los medios. Pronto ella estaba cobrando arriendos de “sus propiedades” y aumentando el capital “para cubrir imprevistos”.

—Para los días de lluvia —decía suavemente.

La vida transcurría. Un buen día fueron padres: mis padres. Para hacerlo feliz, ella abandonó su filosofía burguesa. Aprendió a trasnochar, a tocar guitarra, a jugar cartas (su partida de gin-rummy duró toda la vida) se interesó en política cuando él empezó a postularse al congreso y lo acompañó en sus primeras diputaciones. Tuvo su bautismo de sangre el 15 de Noviembre del 1922 cuando su marido de hacía sólo seis años fue deportado, pero antes agonizó mil veces cuando seres mal intencionados la llamaban anónimamente para decirle que fuera a recoger a su marido que estaba muerto, destripado en una calle de la ciudad. Llegó el día en que los líderes de aquel movimiento obrero que culminó en masacre, José Vicente Trujillo, Enrique Baquerizo Moreno y Carlos Puig Vilazar, fueron trasladados clandestinamente a Lima, y Rosa llevó a cabo el primero de sus muchos cambios de vida, arrendando su casa y reuniéndose en el destierro con aquel marido revoltoso.

Aquello se repitió una y otra vez a lo largo de nuestra vida, y así aprendimos a hacer maletas vertiginosamente. Era la única manera de tener contento a aquel amable nómada, y ella se adaptó. Aceptó que cuando su marido no estaba desterrado, estaba representando al país en el extranjero. La vida de los dos se entrelazó cada vez más hasta alcanzar una integración total. El nunca tomó una decisión importante sin consultarla. Ella era orgullosa de sus actuaciones, solidaria de sus ideas. El la consintió a consciencia convirtiendo eso en un *hobby*.

—Haga lo que le parezca —le decía con aquella calma que desdecía del volcán que llevaba adentro—. Usted es el centro del mundo.

Y se moría de risa cuando la veía actuar como una reina, autoritaria, disponiéndolo todo, y decidiendo a su antojo.

—Eso sí —añadía cuando ella no lo oía— quiera Dios que se muera primero, porque nadie va a tener la paciencia que yo he tenido para dejarla hacer todo lo que se le antoja.

No fue así. El partió primero, y costó mucho acostumbrarse a verla caminar sola. Fue como ver rodar una bicicleta con una sola rueda. Pero fiel “a su manera de ver la vida” decidió vivir para él cuatro años más. Para que no faltaran rosas en su tumba, aunque nunca lloró cuando iba a visitarlo, “porque le prometí que no lo haría”.

Una vez me confió que él conversaba con ella diariamente, siempre a la misma hora.

La verdad, no me extrañó. En cierto modo, lo esperaba.

Capítulo II
La casa verde

*“Casa caseron
donde duerme mi infancia
entre murmullos y recuerdos”
—Rosa Amelia Alvarado Roca*

Dorita llegó a la casa un domingo por la mañana, de la mano de Paulina, su mamá, que estaba cocinándonos mientras la zamba Martina visitaba a su hija en Babahoyo. Cuando la zamba volvió, Paulina desapareció, pero Dorita se quedó, aunque todas las noches iba a dormir a casa de una tía. Dorita era de esa casta de seres sin raíces, que parecen destinados a integrar vidas ajenas, en este caso la mía.

Recuerdo perfectamente el vestido que llevaba porque le quedaba chico y le daba la apariencia de un paquete mal envuelto. Sus ojos eran de un gris tan pálido, que a la distancia no se veían, y yo pregunté a mami por qué esa niñita no tenía ojos. La ví acercarse con aprensión. Cuando estuvieron frente a mí Paulina la tomó de la mano, y como si me hiciera un regalo, me dijo:

—Esta es Dorita, niña. Se la traigo para que juegue con usted.

Así, sin mayores explicaciones, Dorita quedó incorporada a nuestro ménage. Todos los días llegaba, no sé quién la traía, desayunaba en la cocina, y luego aparecía a mi lado callada, taimada, esperando que yo dictara la orden del día. A veces la zamba llegaba silenciosa, y se la lle-

vaba de un brazo, murmurando algo como “hay que bañar a esta chica y cambiarle la ropa”. Quince minutos después volvían, muchas veces con Dorita vistiendo un traje mío que le quedaba grande.

Nunca se me ocurrió pensar que eso no era normal. Cuando me aburría de jugar, me iba simplemente a mi cuarto o al de mamá, y cuando quería verla de nuevo, la llamaba: “¡Doriiiita!”, y Dorita aparecía como por arte de magia, con su mirada ciega desprovista de expresión.

Esos ojos de Dorita eran su característica más saliente y la definían. Eran también, aunque ni ella ni yo lo sabíamos, una especie de arma contra el destino, una arma que ella manejaba sorprendentemente bien. Con ellos Dorita podía desconcertar, negar, abrir y cerrar puertas, imponerse o acceder, todo sin hacer un solo movimiento, sin decir una palabra. A decir verdad, no recuerdo que Dorita hablara mucho, y cuando no la tuve más a mi lado, fue como perder un sentido, en este caso un oído incondicional que me escuchaba.

Su presencia pasó a ser infalible, y yo me acostumbré a contar con ella para todo. En vista de que no era locuaz, desarrollamos un sistema, un cruce de miradas que solucionaba cualquier impasse, porque los ojos eran un punto casi independiente de la fisonomía de esta muchachita frágil y aparentemente mansa, que durante muchos meses, tal vez un año, fue mi compañera, aunque nunca supe si estaba a gusto, si mi compañía le agradaba, hasta muchos lustros después, cuando el destino nos puso de nuevo frente a frente en circunstancias totalmente impredecibles, cuando la verdad surgió desnuda y turbadora entre las dos. Pero para entonces Dorita se había convertido en una mujer friamente correcta, elegante y bellísima, que se enfrentó a mí de igual a igual.

Fue entonces cuando comprendí que a pesar de haber sido un juguete más en mi colección de seres inanimados, Dorita nunca había estado conmigo 100%, que a pesar de ceder siempre a mis caprichos, parte de ella nunca fue mi aliada. Recordé las veces cuando quería hacer valer su parecer, limitándose a mover la cabeza de lado a lado, clavándome su mirada de robot.

—¿Pero por qué no hablas? —preguntaba yo intrigada.

Ella repetía el gesto, y yo aprendí que cuando Dorita movía la cabeza en esa forma, su decisión era inamovible. Era —ahora lo comprendo— su manera de retener algo de dignidad.

En cambio, cuando la señora Insua llegaba puntualmente a la una de la tarde a darnos las clases que nos preparaban para el primer grado que pronto cursaríamos, era ella quien tomaba el mando, recordaba por dónde habíamos quedado el día anterior, y por alguna razón que nunca investigué, se lavaba escrupulosamente las manos antes de empezar.

Dorita no se interesaba en la geografía, ni en las disertaciones históricas de la señora Insua, a quien mamá había pedido que nos diera “bases generales” sobre historia, literatura y arte. Dorita luchaba contra el sueño durante las clases de historia universal que yo esperaba con ansias, como quien espera un cuento. En cambio absorbía todos los principios de las matemáticas, asombrando a la maestra con su facilidad para resolver los incipientes problemas mentalmente, sin acudir al lápiz y al papel.

Ignoraba también el subterfugio de las manzanas y las naranjas que la señora Insua utilizaba para hacer más ameno y real el proceso de calcular. Dorita no entraba por eso. Para ella los números eran números. Las manzanas y las naranjas se comían. Y era resolviendo aquellos básicos problemas de cálculo, cuando sus ojos perdían su glacial indiferencia adquiriendo insospechados puntos de luz y un tono mucho más oscuro, más cálido. Era también entonces cuando reía.

Pero tampoco reía como todo el mundo. Cuando yo estallaba en gritos de júbilo, echando hacia atrás la cabeza y apretándome el estómago con ambas manos para controlar el fenómeno de la hilaridad, Dorita emitía unos sonidos indescriptibles, tapándose la boca con el dorso de la mano. Otras veces cerraba los ojos fuertemente, lo que la obligaba a abrir la boca dejando al descubierto una hilera de dientes amarillos, aunque perfectamente parejos. Cuando la hilaridad llegaba a un punto máximo, entonces Dorita enterraba el rostro entre los brazos, apoyándolos en la superficie más cercana, mientras sacudía los hombros rítmicamente. En todo caso, la risa no era en ella una reacción natural.

Nunca he podido comprender, dada mi exagerada intolerancia ante el calor excesivo y sus derivados —el sudor, la humedad, el olor a ñeje— por qué no tengo recuerdos físicos de los calores en aquella época, que deben haber sido terribles, viviendo en la mitad del mundo cuando las casas todavía no tenían aire acondicionado.

Pero sí recuerdo mi sensación de desagrado cuando una gota de sudor

se acumulaba en el hoyuelo que Dorita tenía sobre el labio superior. Aquella gota me obsesionaba entre otras cosas porque era evidente que la gravedad la obligaría a caer sobre los labios de Dorita qué —¡horror de horrores!— se tragaría aquella gota que tanto me repugnaba. Por eso, cada vez que calculaba que la gota estaba ya por caer, yo emitía una orden corta pero terminante: “¡Sécate!” Entonces Dorita sacaba del bolsillo un trapito que llevaba consigo, y enjugaba la rebelde acumulación de sudor.

Ese es un detalle que quedó grabado a fuego en mi memoria, y me pregunto si ella también lo guardó como símbolo de la relación de ama y criada que insensiblemente existió entre nosotras, sin que ni una ni otra la hubieramos buscado o fomentado.

El clima en la casa del Salado sufría cambios diarios. Se vivía una etapa de transición y tumultuoso bienestar en parte porque la carrera de papá se había diversificado. Su actividad jurídica iba en vertiginoso ascenso, siendo ya considerado entre los abogados de más éxito del país, y su influencia política también se dejaba sentir.

El manejaba todo eso instintivamente. Había canalizado su natural inclinación a ayudar al prójimo en una exitosa actividad criminalista, y sus casos habían adquirido carácter de espectáculo, como una obra de teatro o una conferencia. El día en que se anunciaba que él iba a defender un caso, la sala se llenaba de un público selecto que se preparaba a disfrutar de la forma ingeniosa y cargada de un irreverente humor que caracterizaba sus actuaciones.

Por último la voz se corrió: si el caso era difícil, el doctor Puig Vilazar era el hombre a quien debía acudir.

Fue así como a las visitas que entraban y salían de nuestra casa a todas horas, se añadió una romería de gente del campo que se había enterado de la buena disposición de este doctor Puig para con los necesitados, que empezaron a llegar generalmente temprano en la mañana a rogarle que los sacara de una interminable cadena de problemas de toda índole. Mi padre, madrugador como buen líder, y sensible al dolor ajeno, empezó a recibirlos, hasta el día en que mamá, que se había anticipado

ya a lo que sería la secretaria ejecutiva del futuro, dió ese cargo a una muchacha con la órden de defenderlo de esos clientes que según ella únicamente le quitaban el tiempo. El, sin embargo, siempre se las arregló para recibir a uno que otro, y allí lo encontraban en el comedor, generalmente sin zapatos, y sumido en un mar de papel.

Años después he meditado sobre esa su pasión por andar “a pie pelao” (que yo comparto incondicionalmente), llegando a la conclusión de que necesitaba, como yo, dar forma precisa a esta manía de libertad que nos atormenta. Y así mi padre, que podía empezar a trabajar calzado, como cualquier persona de buenas costumbres, no llegaba a expresarse con brillantéz sino cuando sus dos pies se liberaban de la tiranía de los zapatos, que salían disparados alegremente, y yacían olvidados en un rincón de la habitación.

Este asunto de los zapatos tenía sus bemoles. Un sicólogo habría seguramente encontrado tema de estudio en esta actitud del autor de mis días hacia ese artículo destinado a defender sus pies del contacto con la sucia realidad. Eran, por ejemplo, la única prenda de vestir en la que él intervenía cuando se adquiría algo para mí.

—No vayan a comprárselos estrechos. No importa que el pie se le vea grande, lo principal es que sean cómodos.

El mismo los toleraba como un mal necesario, pero en general los ignoraba. Tan poca importancia les daba, que en una ocasión, siguiendo su costumbre de caminar las cinco largas millas de nuestra casa hasta su oficina, iba cruzando la Plaza del Centenario cuando un limpia-botas trató de hablarle. Carlos Puig Vilazar iba distraído y no reparó en él. El muchacho lo siguió tratando de captar su atención e hizo un segundo intento:

—¡Doctor! El lo miró a través de quién sabe qué sueño utópico que ocupaba su mente. Al tercer intento se detuvo en seco, obviamente molesto:

—¿A ver, qué es lo que quieres?

—Doctor —le dijo el chico—, ¿es que se ha puesto un zapato negro y uno color café!

Mi padre lo fulminó con la mirada:

—¿Y para esa tontería me interrumpes? —Y continuó pausadamente su camino, sin mirarse siquiera los pies. Mamá en cambio pensaba que

los zapatos eran importantísimos y se refería a ellos por su nombre propio. Sus amigas venían a visitarla cargadas de cosas que acababan de comprar, las que extendían sobre la cama. Allá les llevaban refrescos y galletas, miraban revistas de modas, hablaban todas al mismo tiempo y se reían mucho, haciéndome siempre las mismas preguntas. Eran mujeres jóvenes y elegantes que nunca me interesaron mayormente. En cambio el despacho (léase comedor) de papá, lleno de luz, siempre en amable desorden, era una delicia. Con cualquier pretexto me instalaba cerca, y escuchaba lo que allí se decía, cosas que entendía vagamente, pero que creaban un clima de aventura, pasión y ordenada violencia (un poco como las películas de acción de hoy) que neutralizaba la voz suave y la calma engañosa de papá:

—Pero yo no puedo defender a tu hijo si no me dices la verdad —decía a una mujer que pedía ayuda para su hijo, preso en la cárcel, acusado nada menos que de asesinato—, y la verdad parece ser que el tal Vicente se comió su corvina —continuaba mi padre sin mirar siquiera a la mujer, con un lápiz sobre la oreja y la vista fija en sus papeles.

La voz llorona de la mujer continuaba:

—Ay, no, doctorcito. Mi hijo no, doctorcito. ¡Muchacho más bueno... en misa todos los domingos... me daba todo su sueldo!

Frecuentemente llegaban amigos y colegas que se instalaban a discutir actualidades políticas, problemas sociales y los últimos chismes internacionales, todo sazonado con sabrosos plátanos maduros asados, queso fresco y sendas tazas de leche con tintura de café. A veces se hablaba de política internacional y el *rôle* que los pueblos jugaban en ella a través de su idiosincracia. Ese era un cuento que me encantaba, y hasta hoy me apasiona. Allí figuraban por un lado los alemanes, que a veces eran malos, a veces geniales, depende de quien estuviera presente. Los ingleses a quienes los literatos amigos de mi padre llamaban pomposamente hijos de la pérfida Albión (una gorda rubia y empolvada, deducía yo). Todos estaban de acuerdo en que los ingleses no eran de fiar. De los italianos se decía que eran indiferentes y no tenían “madera de guerreros”, y de los gringos del norte, esos que cruzan el océano cada vez que hay una gran guerra, para apoyar a sus aliados, que eran ingenuos... “¡unos niños!” Como yo, me decía, empezando ya a interesarme en ellos, como un anticipo de lo que me gustarían después, aunque nunca hubiera pre-

visto que llegaría el día en que llevaría un *Mrs.* antes de un nombre que no era el mío.

Los temas se sucedían. Se discutía mucho y se hablaba de algo aparentemente muy importante: los ideales.

—Con eso no se come —decía un aventurero panameño que luego llegó a escalar enormes alturas en su tierra.

—Pero ayuda a la digestión —contestaba mi padre.

Inevitablemente la conversación llegaba a la etapa árida... canalizar el descontento de las masas... dignificar al obrero... civilizar al indio... alcanzando finalmente la parte más aburrida... aquello de los “ismos”, que eran una especie de rosario, con letanías y todo: capitalismo, comunismo, imperialismo, socialismo...

Yo escuchaba todavía un rato, y finalmente me iba al salón, que se usaba poco y permanecía eternamente en la penumbra, con los sillones cubiertos de trapos blancos y el piano presidiéndolo todo, majestuosamente envuelto en su mantón de Manila y agobiado por el peso de todos esos retratos en marcos de plata desde donde me miraban hombres de espesos bigotes, el pecho cubierto de medallas, y mujeres con caras aburridas.

Allí me instalaba con cinco o seis muñecas a quienes arengaba juiciosamente, luego de tirar los zapatos lejos, como papá:

—Nunca —le decía a la muñeca de porcelana francesa—, comas corvina, y si la comes, mas vale que lo confieses... o te meten a la cárcel. También puedes tomarte un ideal después... son muy buenos para la digestión. Pero no los compres en una farmacia inglesa, porque los ingleses son “pérfidos” y pueden venderte ideales falsos.

Esa casa nuestra en medio de la nada, pasó a ser un punto de referencia para los que necesitaban ir por esos lados. “Un poco más allá de la casa verde” se decía, o “unas tres cuerdas antes de la casa verde”, lo cual daba al interesado una idea aproximada del sitio que buscaba.

Al principio no sabíamos por qué la llamaban verde cuando era blanca, hasta que descubrimos que era por el verdor que la rodeaba, y porque estaba prácticamente disfrazada con diferentes tonos de verde, resultado

del trabajo de mamá y don Remigio, que habían mezclado jazmines del Cabo, bougainvilleas, arboles frutales y arbustos floridos, creando un pequeño y fragante bosque donde los diferentes verdes competían con penetrantes aromas dando a la casa un carácter sensual, romántico y acogedor.

Mis tíos, que habían crecido en un pueblo rural y supersticioso y una atmósfera austera y patriarcal, decían que nuestra casa tenía vida propia y un aire de encantamiento. Cuando recién llegaron se sintieron intimidados por ella, dedicándose a observarla, tratando de hacer amistad con su espíritu e idiosincracia.

Eran dos muchachos sanotes, de reacciones y risa fáciles, fruto de un ambiente provincial donde cada persona sabía el rumbo que tomaría su vida. Físicamente eran totalmente distintos como todos los hijos de Enriqueta Grosso Minardi y Jesús Parada Leal, influenciados por un lado por la tez morena de un padre con antepasados andaluces, y por el otro una madre con las características de la italiana del norte —práctica, poco dada a la risa y de una blancura transparente. El coronel, que hasta su muerte vivió bajo su embrujo, la llamaba Queta, y los nietos la rebautizaron Mamaqueta. Eran una pareja singular que dejó un nutrido anecdotario familiar, como aquel cuento del día en que, poco después de su boda, don Jesús Parada buscaba afanosamente a su mujer por toda la casa. Enriqueta estaba en el baño, y él la esperó un buen rato hasta que salió. Esa noche confió a un primo que era su confidente:

—Hoy he tenido una gran desilusión. Imagínate que Enriqueta... mi Queta... defeca... tal como tú y yo.

La magnífica italiana ignoraba todas esas “niñadas” de su marido, y continuaba su tarea de incorporarse a este ambiente tan alejado de aquel de su Italia lejana. Su marido estaba destinado a ser el gobernador de la Provincia de Chiriquí, y David, tercera ciudad de la república, era su capital. Pero en aquel David de fines de siglo, Enriqueta era una figura fuera de lugar.

Su sola presencia daba categoría a cualquier reunión, y si aceptaba cantar en la iglesia durante la ceremonia de algún matrimonio, este adquiría status de acontecimiento.

Rosa María había heredado mucho de su porte y carácter, pero tenía la piel canela, el porte altanero y los desplantes mediterráneos. Miguel

y Antonio eran albos como su madre, pero mientras el primero tenía el pelo azabache y la mirada intensa y tenaz, Toño era dulce y tranquilo, pecoso, un poco desteñido, con una copiosa mata de pelo rojizo.

Ambos eran altos, pero mientras Miguel era fornido, alegre y locuaz, Toño era flaco, con piernas y brazos largos, una reserva innata, y un demoledor sentido del humor que se hacía presente cuando menos se lo esperaba, sorprendiendo a quienes lo creían falto de imaginación. Los dos tenían marcadas características. Estaban ebrios de juventud, ansiosos de experimentar emociones ignoradas. Dentro del ámbito familiar, eran como una ventana abierta hacia la vida estudiantil de Toño, matizada por su afán de desarrollar los bíceps y convencer a su hermana de que lo dejara ponerse pantalones largos, y la vida galante de Miguel, cuya única preocupación eran las mujeres y la necesidad de tener novias en barrios alejados unos de otros, para que no se conocieran.

A Rosa eso la preocupaba:

—Miguel —lo reprochaba compungida—, ¿por qué no tienes una sola novia? A lo que aquel contestaba lanzando una sonora carcajada:

—¿Y que hago si se enferma?

En aquella época, Toño no tenía aún esas inquietudes. Su máxima ambición era cambiar el status de sus pantalones. Mami había decretado que no podría usarlos largos hasta que no cumpliera 14 años, pero un día el Chino intervino:

—Mira, mejor que te olvides de la fecha de nacimiento. Este chico está ya demasiado peludo para que ande con las canillas al aire.

Ese domingo marcó una etapa en la vida de Antonio Parada Grosso, que con el tiempo sería cirujano de renombre. Luciendo una sonrisa de oreja a oreja, estrenó unos pantalones que le cubrían elegantemente toda la pierna.

Miguel y Toño adoraban a su hermana y profesaban una ciega admiración por su cuñado, pero tenían reservas —por no decir que no entendían— sobre la forma en que nuestra vida se desarrollaba. Según tío Miguel, el filósofo de la familia, el ambiente en que vivíamos era demasiado oxigenado, que era su manera de describir lo que décadas más tarde se conocería como sofisticado.

—Ustedes están forzando al destino —decía a Rosa, que hacía como que no lo oía—. Viven emocionalmente al día, confiando en que un

espíritu benévolo se preocupará de que todo marche sobre ruedas.

—Pero tú —decía dirigiéndose a mí—; tú no te preocupes. Tú serás feliz, porque eso se hereda.

Entonces no asimilé aquello, pero años después, recordando ese vaticinio, me inquietó la posibilidad de que la felicidad, o la ilusión de poseerla, fuera realmente algo heredado, algo en lo que uno no interviene. Y llegué a pensar que era por eso, porque habíamos nacido para ser felices, por lo que aceptábamos el hecho de que papá estuviera eternamente afiliado al partido de oposición, y por lo que mi madre tenía esa visión del futuro que la permitía apoyar y comprender a su compañero y aceptar su destino.

Ese destino era vagar, desplazarnos sin mayores preámbulos, “cambiar de aires” decía mi madre en ese tono displicente que adoptaba cuando no le quedaba otra alternativa, cuando no había más remedio. Ella sabía, por supuesto, que tarde o temprano, la inconformidad de ese hombre manso y bueno que era el centro de nuestras vidas, estallaría transformándolo en un tigre dispuesto a dar la vida por obtener la justicia que lo obsesionaba. Y contra eso no se podía luchar.

En alguna ocasión, con racionamiento comprensiblemente egoísta, Rosa intentó cambiar el rumbo de la historia.

—¿Por qué tienes que ser tú el que se sacrifica? —imploraba—. ¿Por qué no dejas que otros se encarguen de esas cosas?

Ella, que en el fondo era burguesa, criada entre halagos y privilegios, añoraba una vida tranquila, estable, una vida en que lo más excitante sería emprender un viaje a Quito en tren —que entonces era una aventura— involucrar en pieles y esperar otro día para volver a hacer lo mismo... ir a la costurera... y en las tardes esperar a ese marido guitarrero, para cantar a dúo con él, tomándose un vaso de sangría. Y la verdad la vida le dió todo eso, aunque también le regaló muchos paréntesis llenos de obstáculos.

Porque los destierros pasaron a ser males inevitables. El sistema estaba consagrado por la costumbre, y los gobiernos lo adoptaban para eliminar la influencia de quienes pedían algo más que pan. Arbitrariamente los desterraban en cuestión de horas y sin previo aviso, con lo que tenían puesto, los bolsillos vacíos, y con suerte —un cepillo de dientes.

Y mi madre, que como las guarichas de nuestra historia bélica seguía

a su hombre sin pensarlo dos veces, ponía inmediatamente un aviso en el diario, anunciando una “venta de muebles y enseres domésticos”. La casa se llenaba de gente, algunos simples curiosos que querían saber cómo vivía uno, y al cabo de una semana estábamos listas para “viajar el exterior” como lo reportaban los diarios locales, a encontrarnos con nuestro adorable revoltoso, ese doctor Puig inconforme y rebelde, que nos esperaba ansioso primero porque sin nosotras se moría, y después porque le llevábamos plata contante y sonante.

Pero el preámbulo se desarrollaba en un ambiente digno de una Operetta. Mi madre vendía hasta las escobas mientras cantaba el Relicario, y yo escondía a mis muñecas y a Gregorio, un perico que hablaba como un loro, por miedo a que alguien los adquiriera, mientras pensaba (los lavados de cerebro de mamá surtían efecto) en lo afortunada que era. ¡Nos íbamos a Panamá a encontrarnos con todas esas primas y tíos a los que sólo conocía de nombre! Además, Panamá, a través de los relatos de mi madre, era un lugar increíble donde la gente comía arroz con guandú, ñame, bollos changos, y donde había un carnaval que ella describía como mejor que los venecianos.

Cuando llegábamos, nuestros alojamientos distaban mucho de tener la amplitud y las comodidades de mi casa guayaquileña, pero tenían a mis ojos otros sorprendentes atractivos. En una ocasión vivimos en pleno centro, frente a un parque colonial donde habitaba una iguana legítima que colgaba de los árboles, y también había una “Zona” ordenadamente sajona y misteriosa a la cual se llegaba por una calle llamada “J.” Esta “Zona” estaba llena de palmas con la base de los troncos pintadas de blanco, y allí vivía gente que hablaba un idioma extraño y nasal... ¡inglés! Era también allí donde estaba El Canal.

Venía entonces un compás de espera mientras papá se ubicaba. De nuevo nos encontrábamos delineando el camino y apartando los obstáculos para poder avanzar. Cuando bajaba el sol me convidaban a pasear, lo cual no era otra cosa que echar a caminar, porque no teníamos automóvil... ¡qué automóvil... no teníamos ni una vulgar bicicleta!

Yo caminaba adelante, pero hasta mí llegaban trozos de sus conversaciones en las que figuraban planes tan optimistas, divertidos e interesantes, que yo empezaba a visualizarlos y casi podía saborearlos. Más adelante he tenido varias experiencias extraordinarias que me han con-

vencido del poder de la visualización, pero definitivamente, yo tuve, muy temprano, la habilidad de utilizar esta modalidad. Por lo tanto, cuando la racha buena llegaba, no me sorprendía. La situación cambiaba como tenía que cambiar. Mi padre compraba un semanario en bancarrota y lo elevaba a la primera circulación del país... ¡eramos periodistas importantes! Teníamos un departamento bellissimo... ¡la marea había cambiado!

Como es natural, cuando esta situación se repite más de una vez, se corre el peligro de adquirir una filosofía peligrosa, la de que los dados están cargados a nuestro favor. La vida, sin embargo, se encargó de demostrarme lo equivocada que estaba.

Lo importante es que tarde o temprano, el día llegaba en que estábamos de vuelta en Guayaquil, donde lo inesperado siempre acechaba. Cuando volvimos después del destierro del 15 de noviembre —el papacito de todos los destierros, que recordaremos más adelante, mis tíos nos estaban esperando. Entonces, las llegadas no eran tan prosaicas como las de hoy. No era cuestión de aterrizar y abandonar el avión en diez minutos. Llegar implicaba vestirse con mucho cuidado, despedirse de todas las amistades que se habían hecho a bordo, anotando sus direcciones “para escribirnos”, y pasar después a un salón donde la gente de inmigración hacía todas esas cosas burocráticas, que se ignoraban elegantemente. Tampoco recuerdo el paso por la aduana. Uno se iba a su casa, y los baúles (porque no era cuestión de un par de maletas), aparecían después no se sabía cómo, en nuestro propio dormitorio. Y luego estaba la ceremonia del encuentro con la gente que había ido a recibir a los viajeros, que sólo por el hecho de “llegar” tenían un *glamour* y una aura de inexplicable misterio.

Aquel era un día de febrero de calor intenso, y el taxi que tomamos era un horno sobre ruedas. Cuando estuvimos a pocas cuerdas de la casa, el chofer detuvo el automóvil en pleno tránsito, ignorando el sonido de los claxons que le exigían que siguiera.

—¿Qué pasa? —exclamó mi padre— ¿por qué se detiene? ¡Siga, que nos morimos de calor!

—No puedo, señor —contestó el taxista—. Hoy llega el doctor Puig Vilazar, y el sindicato de chóferes ha ordenado que en su honor, todo taxi debe detenerse por dos minutos a las once de la mañana, esté donde esté.

Mi padre se echó a reír.

—Si no es más que eso, ya puedes seguir. Yo soy el doctor Puig. No me hagas pasar más calor.

Minutos después estábamos en la casa verde. En cuestión de días, todo el elenco aparecía, tomando su sitio en escena —mis tíos y con el tiempo sus novias— y por supuesto la Zamba Martina, Hector, Josefina, Ramón, Dorita, y la extensa corte de los compadres cargados de frutas, huevos, gallinas, tortillas de mote y pavos rellenos, todos listos a celebrar nuestro retorno y la continuación del drama.

Por dos o tres días, la casa tomaba un aire de feria. Luego, poco a poco, la rutina volvía a rodearnos. La vida continuaba... y Carlos Puig volvía a encarnar la leyenda que él mismo había creado, pasando a ser parte vibrante del paisaje, el clima y el entorno. A su alrededor se tejían historias truculentas, creadas por los que no lograban descifrar el misterio de su extraordinario éxito.

El hombre no perdía un solo juicio.

Como un mago cualquiera, sacaba conejos del proverbial sombrero de copa ante el asombro de los que no le perdían el paso, observando cuidadosamente cómo él maniobraba los hechos, presentaba evidencias, y de pronto... ¡jaque mate! inclinaba la balanza a su favor, imponiéndose. Logicamente, empezaron a surgir historias tenebrosas sobre sus procedimientos, y los perdedores aprovechaban de todo eso para combatirlo.

A Rosa todo esto la alteraba. Ella, fruto de un ambiente de escrupulosa rectitud, celosa del prestigio de su marido, sufría con esos rumores que pretendían desacreditarlo.

—Carlos —le dijo un día llorosa—. Mira lo que me han venido a contar. Dicen que para ganar el juicio de los chicos Montufar, tú profanaste dos tumbas en el cementerio, y cambiaste los cuerpos de una tumba a otra.

Carlos la miró con la ternura que lo invadía cuando comprobaba hasta qué punto ella era solidaria de sus propósitos:

—¿Eso dicen? —su calma era inalterable—. ¿Y tú creíste eso? ¡Qué poco me conoces! —añadió, pasándole una mano traviesa por los cabellos, y despeinándola:

—¡Yo sólo cambié las cruces! —terminó, riéndose sin control, mientras la abrazaba, cubriéndola de besos.

Capítulo III

La higuera

“Así somos”

a Higuera estaba al fondo del jardín y a ella se llegaba por un caminito que las empleadas aseguraban era la huella que había dejado don Lucero, un espíritu que vivía en el manglar, directamente detrás de nuestra casa (en el sitio donde se producía una hojarasca cada vez que el viento soplaba fuerte) y salía de noche a comerse nuestros higos. Lo hacía vertiginosamente porque sus ojos eran como dos linternas que alumbraban su camino.

Yo nunca creí en don Lucero, tal vez porque en más de una ocasión ví a unos chicos subirse por la cerca y arrancar ciruelas del árbol que crecía junto al muro... a un paso de la higuera.

En todo caso, con o sin fantasmas, la higuera representaba para mí la seguridad, tal vez porque estaba protegida de las miradas de la gente que iba y venía en el incesante trajín de la casa, por una serie de arbustos estratégicamente colocados. En cambio yo podía observarlos a todos a gusto, por los claros que se formaban entre las ramas. Desde allí veía quién entraba o salía de la casa, quién aprovechaba la ausencia de los patrones para dormir una siesta, quién fumaba (algo que mi madre detestaba) y quién sacaba comida para darla a los parientes que llegaban a llevarse para su casa. Trepada en la higuera ví como Teresa, una chica que ayudó por un tiempo a la zamba Martina en la cocina, se abrazaba y besaba con el muchacho que traía el pan a diario. Cuando después le pregunté por su novio el panadero, se puso muy pálida, y empezó a llorar

suplicándome que no dijera nada.

Aquel fue mi primer encuentro con el poder de la información. Yo sabía algo que nadie más sabía, lo cual dió alas a mi imaginación. Llegué a pensar que bajo la higuera yo era invisible, parte de un mundo encantado que era sólo mío. Y hasta el momento en que Dorita, que me buscaba afanosa, me descubrió cuando se me escapó un indiscreto estornudo, gocé de un aura de misterio que yo manejaba con precoz astucia. Las empleadas empezaron a preguntarse cómo hacía la niña para ver cosas que pasaban abajo, cuando estaba arriba con sus muñecas, y a especular sobre la posibilidad de que yo estuviera “poseída”, y la zamba Martina, que me había visto nacer, se creyó en el deber de ahogar esos rumores.

—Es porque nació con luna llena y en domingo —decía, en el tono de voz de quien todo lo sabe—, y de remate la banda tocaba a todo dar en el parque. La gente que nace así —decía bajando la voz—; esa gente puede ver a través de las paredes y aun a la distancia —terminaba sentenciosamente.

—Pero luego se les pasa —aseguraba, tratando de componer el problema—. Verán como de repente la niña va a dejar de saber lo que pasa en el patio cuando está arriba.

Luego me llevaba aparte, me traspasaba con esa mirada llena de pestañas como alambres, y me increpaba:

—Déjese ya de hacer esas cosas, que son cosas del diablo. Y me rociaba con agua bendita que traía de la iglesia.

Mis familiaridades con la higuera empezaron muy temprano, y tenían razones profundas. Bajo su sombra yo desahogaba esa necesidad de aislarme que me ha acompañado toda la vida. Sin saberlo, empezaba ya a curar mis dolencias síquicas abrazando la soledad —buscando en la fantasía consuelo y esperanza. Cada vez que mi universo se tambaleaba, allá iba yo, a sentarme bajo su sombra, sabiendo que poco después las mariposas que revoloteaban dentro de mi estómago dificultando mi respiración, dejarían de torturarme. Sin saberlo, estaba aplicando principios de meditación y también dando alas a la fantasía que vive en todo niño, y a mi propia tendencia a crear personajes para luego meterme dentro de ellos.

Porque en la higuera todo era posible. Tan pronto era náufrago en una

isla desierta, oteando el horizonte en la esperanza de ver acercarse un navío de blancas velas, como princesa en una torre de marfil, esperando al príncipe que me liberaría, obsequiándome después con bandejas y bandejas de helados de chocolate.

Pero sobre todas esas oportunidades para soñar despierta, la higuera me ofrecía un sitio desde donde observar las idas y venidas de nuestro —para mí— fascinante mundo casero.

La persona más ocupada de la casa era Ramón, “el muchacho de los mandados”, al que sus padres habían traído desde Palmar para que “aprendiera las costumbres de una buena casa”. Como cuando su padre lo depositó en la nuestra, Ramón sólo tenía doce años, papá decidió que fuera a la escuela por las mañanas y ayudara en la casa por las tardes. Ahora, con 17 años, era ya bachiller, y su horario había cambiado. Trabajaba en la casa de mañana, y en las tardes iba al estudio de papá a familiarizarse con el mundo de las leyes, con la idea de que algún día siguiera la carrera de Derecho.

—Madera de profesional tiene. Sólo hay que motivarlo —decía papá, feliz de tener otro conejo de Indias para respaldar su teoría de que en todo ser humano hay un líder en potencia. Ramón no lo desfraudaba, demostrando tener una voluntad de oro. Además de chofer, le caían encima todas esas cosas que otros dejaban truncas: pagar las cuentas de luz y teléfonos, buscar al carpintero cuando se lo necesitaba, llevar trajes a la costurera, ropa a la tintorería, mas los anteojos improvisados... Ramón, anda a comprar rosquitas... fruta para el almuerzo... anda a ver si ya llegó el *Vogue*... Ramón, anda a la oficina del doctor y llévale las llaves que se le quedaron... Ramón esto... Ramón aquello —y Ramón partía silbando, y siempre trotando. No recuerdo haberlo visto caminar nunca.

Se podía saber la hora por lo que Ramón estaba haciendo. A las ocho ponía los periódicos en la mesa del comedor, daba media vuelta e iba a despertar a mis tíos. A las ocho y cuarto volvía a despertarlos, y de ahí hasta las nueve y media más o menos, entraba y salía cumpliendo con una serie de “quehaceres”: bombear agua para que ésta alcanzara para todos los baños matutinos, echarle maíz a las cuatro o cinco gallinas que la Zamba engordaba en un pequeño corral, y eventualmente llevando a papá a su oficina y a mis tíos al colegio y la universidad.

Papá salía a las nueve en punto, no sin antes recomendar a quien

quisiera oirlo que no hicieran ruido para que mamá pudiera dormir hasta que se le acabara el sueño. Todo el mundo asentía con la cabeza, pero no ponían mucha atención porque sabían que el sueño de mamá era a prueba de terremotos. Más bien se concentraban en “hacer las cosas” rápido y detalladamente, porque cuando “la señorita” se levantara (por alguna razón ignorada, las amas de casa en el Ecuador son “señoritas” hasta muy avanzada edad) sus ojos recorrerían toda la casa de una ojeada, descubriendo todo lo que estaba fuera de lugar, lo que había escapado a la acción del plumero y la escoba, y pondría a todo el personal en movimiento, reparando ineficiencias.

El momento era ideal para escaparme a la higuera, a menos que mamá despertara temprano, en cuyo caso yo me metía en cama con ella, compartiendo su desayuno, que era espartano y siempre igual: té con limón, jugo de frutas, y su gran debilidad: rosquitas de pan, frescas y crujientes.

A esa hora era fácil llegar a la higuera sin llamar la atención, a tiempo para ver a Teresa reunirse con Emilio, el panadero. Este había ya entregado el pan, pero se escondía tras la escalera a esperar a Teresa. A veces se agachaba, confundiendo con la ropa sucia que esperaba en un gran canasto el momento de lavarse, y le saltaba encima cuando ella pasaba, asustándola, y aprovechando el momento para sujetarle los brazos y hundir su rostro en el fuerte cuello de la muchacha.

La primera vez que esto sucedió, estuve a punto de lanzar un grito, pensando que aquel bruto estaba mordiéndola, pero cuando ví que Teresa soltaba la risa, deduje que estaban jugando, tal como lo hacían Whisky y Soda, los dos cachorros que tío Toño había traído de Ambato, y que vivían retozando y mordiéndose la cola.

Los encuentros de Teresa y Emilio eran un poco como las novelas que las empleadas oían en la radio. El tema era el mismo, con ligeras variantes. A veces el panadero la inmovilizaba obligándola a separar las piernas enterrando entre ellas su rodilla. El manotazo que Teresa le daba en la cabeza lo hacía retirarse, pero enseguida volvía a la carga, y su boca se pegaba a la de ella. Ahora Teresa para mi asombro, le rodeaba el cuello con los brazos quedándose muy quieta, y luego salía corriendo hacia la escalera, arreglándose el vestido. Entonces Emilio, que tenía piernas cortas y fuertes y un torso igualmente formidable, se apoyaba de espal-

das contra la pared, apretando las mandíbulas en un gesto de intenso dolor, recogía su canasta y se dirigía lentamente hacia el portón, pateando una piedra y sobándose la nuca.

Esos encuentros de Teresa con el panadero fueron para mí los precursores de las novelas televisadas de nuestros días. A los forcejeos siguieron encuentros más tiernos, en que él la besaba mucho y le hablaba como si estuviera contándole un cuento. Poco después, surgió un nuevo elemento: Emilio aprendió a quitarle los calzones a Teresa y en un movimiento rápido y preciso, se los metía al bolsillo de su amplio pantalón de mezclilla, antes de arrastrarla y desaparecer con ella dentro del espacio que había bajo la escalera, donde se guardaban las escobas, el rastrillo y la máquina de cortar pasto.

Qué hacían allí, nunca lo supe, pero empecé a preocuparme de que Teresa iba a quedarse sin calzones, y por fin se lo dije:

—Oye, ya son siete los calzones que te ha robado el panadero. Tienes que decirle que te los devuelva.

Teresa se limitó a mirarme con los ojos desorbitados, y durante una semana no apareció por la casa. Cuando volvió, no salió más al encuentro de Emilio, que la esperó todas las mañanas mordisqueando briznas de hierba y rascándose las piernas con la suela del zapato.

Finalmente, Teresa no volvió más.

Un domingo que fuimos hasta el puente con Dorita a volar unas cometas, la encontramos en el camino y yo intenté hablarle, pero ella ni se detuvo ni nos miró. Tenía la barriga grande, y Dorita anotó que caminaba como pato. Días después, oí a la Zamba cuchicheando en la despensa con Ramón:

—¿Que no sabe, ño Ramón? La Teresa está embarazada, por eso no ha vuelto más, y buena falta que me hace. Nadie sabe quién es el padre, aunque yo me sospecho que es Emilio, el panadero.

—¿Y para cuando es la guagua?

—Debe ser para pronto, porque ya tiene la panza grande.

Esa tarde, Dorita y yo tuvimos una larga conversación tratando de amarrar todos los cabos sueltos que rodeaban la misteriosa situación de Teresa, a base de nuestras observaciones:

1. Esta había engordado mucho y caminaba como pato.
2. Había una guagua, hija del panadero, que por alguna razón estaba

dentro de la panza de Teresa.

No tuve valor para contarle a Dorita lo que yo había visto desde mi escondite. Las dos estuvimos de acuerdo en que el asunto era “miedoso” pero por mucho que quise no pude llegar a conclusión alguna. Decidí dejarle esa tarea a mi Angel de la Guarda, el único ser a quien yo confiaba cosas que superaban a mi entendimiento. Y él debe haber solucionado el problema porque no volvimos oír hablar de Teresa, aunque yo siempre me sentí un poco culpable de que ya no estuviera en la casa.

Al domingo siguiente, almorzábamos en familia, y como siempre había algunos invitados, entre ellos el Dr. Valenzuela a quien yo quería mucho. A la hora del postre, Hector trajo a la mesa una papaya enorme, como sólo se dan en nuestro exuberante trópico. Al cortarla, vimos que adentro había otra papaya pequeñita.

Ante el asombro general y el espanto de mi madre, yo anuncié gravemente:

—Esa papaya está embarazada.

Por primera y última vez en mi vida, ví al Dr. Valenzuela quedarse sin habla. Mirándome fijamente por encima de los espejuelos, se dejó sacudir por una risa silenciosa y elocuente.

El doctor Alfredo Valenzuela Valverde estuvo siempre en mi vida aunque sólo supe que lo conocía (había sido mi médico desde que nací) cuando él tenía un poco más de 44 años. Para entonces ya era uno de esos seres impredecibles de los cuales podía esperarse cualquier cosa, pero que nunca defraudaban.

Venía a mi casa con frecuencia y sin anunciarse, fuera en misión profesional, (entonces el médico iba a visitar al paciente y no al revés como ahora), para “arreglar el mundo” con mi padre, o saborear la sopa de almejas que hacía Sebastiana, una comadre esmeraldeña que venía de vez en cuando a satisfacer nuestro antojo de los sabrosos platos de esa región.

Yo, por supuesto, estaba convencida de que sus visitas no tenían más objeto que conversar conmigo, y él alimentaba esta ilusión diciéndome que yo era la niñita que él más quería en Guayaquil. (Supe también por

primera vez lo que eran los celos el día en que lo oí decir que tenía que marcharse, porque Toty Yoder estaba enferma, y esa era otra niñita que él quería mucho). En todo caso, yo anticipaba su llegada para ponerlo al día de mis actividades, mostrarle mi último dibujo, el cuaderno que acababa de estrenar, la muñeca que tenía dolor de barriga y que él examinaba cuidadosamente, recetándole agua con azúcar, y la última gracia de Gregorio que él no recibía de muy buen grado:

—Tú sabes que no me gustan los pericos —decía cuando yo insistía en que Gregorio le contara los dedos de la mano con el pico. Sólo después de cumplir con ese ritual, el doctor proseguía su camino a embarcarse en una de sus interminables discusiones con el Chino.

Para el doctor Valenzuela escribí mi primer cuento, protagonizado por Pepito y Juanita, que habían subido a una montaña y no encontraban el camino de vuelta. El me ayudó, papel y lápiz en mano, a encontrar una solución para bajar a los niños de aquellas cumbres (mandó a un enorme cóndor que los trajo al pueblo, uno en cada ala). Mientras lo oía, yo trataba de dibujar esas escenas, y cuando Pepito estuvo ya en tierra plana, el doctor notó que éste tenía entre las piernas un apéndice en forma de lápiz.

—¿Y esto? —me preguntó— ¿Qué es esto?

—Eso —contesté—, no sé. Es un palito que mi papá se pone para bañarse, pero cuando se viste se lo quita.

El doctor Valenzuela se rascaba la cabeza:

—¡Ajá! ¿Y por qué está Pepito sin ropa?

—Eso sí que no sé. Cuando subió a la montaña estaba vestido.

Inútil mencionar que yo no tenía idea de que este visitante nuestro era una eminencia, posiblemente el cerebro médico más ilustre que ha dado el país. Un genio, decía la gente, que traspasaba los límites de nuestra tierra. Y se comentaba que era Gran Oficial de la Legión de Honor, Caballero de la Corona de Italia, y una pila de otros honores internacionales que él aceptaba sin mayores aspavientos. Excéntrico, era dueño de un sentido del humor fabuloso que exhibía en todo momento, sobre todo si sospechaba que iba a estremecer la somnolienta conformidad de la burguesía. Era un humor seco, sin carcajadas, pero agudo y certero.

La opinión ajena lo tenía sin cuidado. Por eso insistió por años en recibir a su clientela en un consultorio *sui generis* en una vetusta casa del

barrio de Villamil. Este barrio era una reliquia histórica, incrustado en un sector central cerca del río —una amalgama de casas coloniales de fin de siglo con un carácter bárbaro. Recuerdo, como si fuera ayer, los latidos de mi corazón al entrar de la mano de mi madre, a este mundo encantado donde no hubiera extrañado encontrarse con cualquier cosa, desde el jorobado de Notre Dame hasta el mismísimo Frankenstein. Así avanzábamos por las retorcidas calles hasta el consultorio del doctor, y finalmente negociábamos las escaleras gastadas por el tiempo, que gemían bajo nuestro peso.

—Doctor Valenzuela —le decía mi madre, incapaz de quedarse callada—, cualquier día de estos nos pilla aquí un temblor, y no viviremos para contar el cuento.

El se hacía el desentendido. Sabía que todas esas casas estaban construidas de invencible Guayacán “la madera más noble del mundo” decía, y resistirían cualquier embate de la naturaleza. Y así mismo fue. Para dar paso al progreso hubo que destruirlas una a una, escuchando la protesta de cada palo que caía. Pero sobre todo, el doctor Valenzuela sabía que estuviera donde estuviera, los enfermos lo buscarían. En la ciudad había excelentes médicos, pero cuando el caso era grave, sobre todo si no se sabía qué mal aquejaba al paciente, alguien invariablemente sugería “¡que llamen al doctor Valenzuela!” Y el doctor llegaba con su sonrisa burlona, tal vez con una barba de dos días (¡porque no le había dado la gana de afeitarse!) y después de un examen hecho “a su manera”, recetaba y se iba, sin dar mayores explicaciones. Los familiares sonreían satisfechos, el enfermo se curaba, y la fama de “los milagros” del doctor Valenzuela crecía. Cada familia tenía una anécdota propia de un miembro o conocido a quien una visita del Dr. Valenzuela había salvado de una muerte segura.

—Yo creo —decía el Chino, que era uno de los que le debía la vida— que nació con rayos X en los ojos. Por eso diagnostica con tal facilidad, a la primera ojeada.

Pero más allá de su genio clínico, lo fascinante era el hombre. En una ocasión lo llamaron del Arzobispado. Monseñor estaba gravemente enfermo. Cuando el doctor Valenzuela llegó, se encontró con la plana mayor de los creyentes de la ciudad. Los pilares de la comunidad y sus irreprochables conyuges, vestidas de negro de arriba a abajo y estrujan-

do un rosario entre las manos, lo esperaban. Lo llevaron hasta donde Monseñor yacía, en una habitación oscura y húmeda, donde el sol nunca había entrado. El doctor Valenzuela hizo abrir una ventana, auscultó al enfermo, y cinco minutos después abandonó la habitación dirigiéndose a la suntuosa escalera. Todos lo rodearon:

—¿Cómo lo encuentra, doctor? ¿Qué hay que hacer?

Por toda contestación, Valenzuela empezó a silbar la marcha fúnebre de Fauré, llevando el compás con un dedo en alto, mientras bajaba las escaleras, siempre silbando, seguido de un compungido grupo de fieles que lo acosaban a preguntas. El les echó una última mirada por encima de los anteojos, que llevaba como siempre descansando en la punta de la nariz, subió al auto, y sin dejar de silbar hizo al chofer ademán de partir. Lo último que vieron desde la acera los notables de la ciudad, fue el dedo en alto del Dr. Valenzuela, perdiéndose a la distancia.

Sin decir palabra, los desorientados feligreses partieron a hacer los arreglos para el funeral. A ninguno se le ocurrió buscar una segunda opinión, o esperar una mejoría. Ya el doctor Valenzuela, irreverente pero infalible, había dicho la última palabra. Dos días después, el Muy Ilustre Arzobispo de Guayaquil, exhalaba su último aliento.

El libro completo se puede comprar a través de:

1) Directamente de la autora:

email: compxian@comcast.com

Victoria Puig de Lange, P.O. Box 292, Knoxville, TN 37901

US \$15.00 mas \$4.00 de entrega en los EU.

Envíe su pago a través de Paypal (compxian@comcast.net)
o por correo normal.

Para envíos fuera de; país. la entrega por correo normal es:

Mexico: (se anunciara el 13 de agosto)

Ecuador: (se anunciara el 13 de agosto)

Chile: (se anunciara el 13 de agosto)

2) Barnes & Noble:

US\$17.75 mas \$2.01 de impuesto, y \$4.00 de entrega en los EU.

<http://browse.barnesandnoble.com/booksearch/results.asp?SRT=S&ATH=Victoria+Puig+de+Lange>